

# EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 14  
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, ABRIL 8 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50  
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25  
Gerente: ANTONIO CUYÁS



CRISTO EXPIRANDO SOBRE LA CRUZ.

¡DIOS MIO, PERDONALOS!

CUADRO DE VAN DICK.

# EL EXTERIOR

## Revistas políticas y literarias

- 1.--La conferencia de la Haya.
- 2.--Inglaterra y el Africa austral; los votos de América.
- 3.-- Rusia y Turquía.

En el parlamento belga y en el Reichstag alemán se han hecho alusiones entre irónicas y tristes á la ineficacia de la Conferencia de la Haya y, cierto, hay para qué: la terrible campaña en el Africa Austral, abierta al día siguiente de la Conferencia, y que ni pudo ser evitada ni ha podido ser atenuada, y si han pensado en ello las altas potencias que firmaron los protocolos, es para descorazonar al optimista más recalcitrante. A eso aludía el monseñor que en el parlamento belga mezclaba á sus observaciones melancólicas sobre ese tema, unas cuantas alusiones de mal género á la política de Inglaterra; el ministerio lamentó la ofensa por boca de uno de sus miembros y dió plena satisfacción á los ingleses y á la reina; muy bien hecho; era esto de rudimentaria cortésia. Pero es la verdad que esta lucha sangrienta en las cuencas del Tugela, del Orange y del Vaal parece un comentario sarcástico de la conferencia; verdad que el arbitraje obligatorio fué desechado; pero, en fin, el espíritu pacificador que animaba á los altos delegados hubiera debido encontrar una forma de intervención que hubiese neutralizado la obra de muerte. El espíritu del Tzar Nicolás se transparenta en sus invitaciones, y aclaraciones, la conferencia debía en su ánimo imperial significar, sobre todo, un paso más, un importante paso, en la solidaridad humana.

Sobre esto, precisamente, pronunció el Ministro de Relaciones del Imperio alemán contestando algunas interpelaciones socialistas, ciertas frases categóricas, correctas y frías como la hoja de una espada, ante las que hay que doblar tristemente la cabeza. El Emperador Nicolás había adoptado como norma del concierto que provocó valiente y humanamente la vieja divisa: cada uno para todos, todos para cada uno.

Lo contrario proclama el conde de Bielow: cada cual para sí mismo. En las cuestiones de política internacional el Imperio, dice el Ministro, no reconocerá nunca otra guía de conducta que la "salud pública" del pueblo alemán. Estamos convencidos, son sus palabras, que un Estado independiente tiene en sí mismo su fin; que no puede, en el dominio político, reconocer fines más altos que los de la protección de sus intereses y el sostenimiento de su independencia para realizar lo que es el objeto mismo de su existencia.

De modo que su fin humanitario, no lo es para el Imperio, si en algo se comprometen sus intereses; como dice un escritor, eso es el individualismo internacional en lucha con la solidaridad humana.

2.—La nota de costo de guerra Sud-africana se va precisando ya en Inglaterra; el sacrificio de hombres se calcula poco más ó menos en veinte mil hasta la entrada del mariscal Roberts á Bloemfontein, entre muertos, heridos y perdidos; el sacrificio de dinero es como de 400 millones de nuestros pesos. Y como el ejército ha crecido mucho, y como la guerra sigue y cuando haya concluído comenzará un largo período de paz armada, ha sido preciso equilibrar el presupuesto y evitar el "deficit" con impuestos nuevos; á los ingleses, aunque están perfectamente dispuestos á pagarlos, les parecen altos; con decir que sólo sobre el impuesto á la renta (income-tax) el recargo será del 50 por ciento, podrá comprenderse que no son precisamente leves los tributos que se preparan.

Hay algunos periódicos serios como el "St James Gazette," que no sólo no los encuentra leves, sino

endiablamente pesados. "Nos hemos arrojado, dice, en esta guerra "inevitable" con el fin de desembarazarnos de los "colosales" armamentos boers que habían llegado á costar "seis millones de libras" y con el propósito de mejorar las perspectivas de lucro y las condiciones de existencia de una ciudad del Transvaal, y para ello hemos sacrificado 10,000 hombres, gastado cien millones de libras, desconcertado nuestro sistema colonial en Sud-Africa, y probablemente toda nuestra organización interior. Cada boer sometido nos saldrá costando dos mil libras, sin contar las que nos costará gobernarlos."

\*\*\*

La muerte del gran patriarca guerrero de los boers dará motivo para otra proclama del shuffeta, caudillo de las tribus ó Juez (como lo fueron Sef-té, Gedeón ó Samson) del padre Kruger, en que citará tres ó cuatro salmos en honor de su amigo, que será llorado por los "comandos" y seguido en espíritu hasta su última casa, por todas las almas honradas de todas las Patrias honradas, empezando por la de su Majestad la piadosa reina Victoria: "Dios, dirá el viejo Patriarca sobre la tumba de su amigo, Dios le reservó el supremo consuelo de dormir el sueño eterno en su tierra todavía libre. Juremos que siempre lo será esta tumba."

¡Noble y gran pueblo éste, y cómo merece ser libre y ser respetado, y qué aplauso inmenso de la civilización humana recibirá el Imperio inglés si lo respeta y lo deja libre! Si logra ser vencedora y hace esto, la gratitud de la Holanda africana le será más provechosa, que la sumisión por la fuerza y la opresión y la tiranía. Esperemos de Inglaterra un supremo ejemplo; habrá mostrado así que conserva íntegro su resorte moral y que siendo bondadosa y generosa, resulta ser la mejor calculadora, como siempre.

\*\*\*

Por lo demás, la falta de Joubert sólo será moral; desde el punto de vista militar quizás no. Ya estaba viejo, tenía más tierno el corazón de lo que acaso convenía en una guerra desesperada y todos saben que al temor de sacrificar á sus boers se debió que dejase al tiempo, y no á una acción rápida y decisiva, la rendición de Lady Smith, que habría cambiado un poco la faz de la lucha: Seguro de que Buller no podría llegar á la plaza sitiada mientras él no se retirase, en lo que tenía perfecta razón, esperaba que los sufrimientos acabarían con la resistencia del General White; y estaba á punto de lograrlo, cuando el plan estratégico de Lord Roberts, obtuvo feliz suceso en el Estado Libre y lo obligó á retroceder para no ver cortada su retirada hacia el Transvaal, lo que permitió avanzar á Buller, dejando escapar por el ángulo septentrional del Natal, al invencido viejo custodiando sus inmensos convoyes.

\*\*\*

Joubert había sido el autor del plan estrictamente defensivo, observado lo mismo en el Tugela que en Moder River; ¿creería que esta actitud era un deber religioso, ó no confiando en la absoluta sumisión á la disciplina de sus soldados-labriegos temería un desastre si intentaba aprovechar el desorden causado entre los ingleses por sus rechazados asaltos, para atacarlos y convertir las derrotas en desastres? Esto segundo debe ser la verdad.

Lo es también que en estos momentos ya, un núcleo del ejército boer (léase "buur") tiene todas las cualidades de permanente; se ha transformado educándose, lo han educado Buller y White, Gataere y Methuen y los Sres. Roberts y Kitchenner; una enseñanza objetiva de primer orden, la de la sangre. Y cuando Inglaterra ha rechazado toda proposición de paz, basada sobre una independencia tan admirablemente defendida, el espíritu de los primeros días de la lucha, saturado de seveo entusiasmo bíblico, ha renacido con pasmoso vigor. Nada parece haber producido en él un serio eclipse; los desastres en el Estado libre, cuyo nombre han cambiado oficialmente los ingleses, con muy poca prudencia, por cierto; la superioridad

aplastante de las fuerzas del generalísimo Roberts; la muerte de Joubert, no han sido bastantes para hacerles perder el aplomo, y ahora el grito de guerra de los comandos es "libertad á nuestros hermanos del Orange;" y la verdad es, que una vez salvado con una marcha estupenda de audacia y de acierto, el gran convoy que custodiaba Ollivier, con sus burghers, han vuelto á la carga y en cortas partidas diseminadas en derredor del campamento de Roberts en Bloemfontein, en donde hoy ochenta mil hombres, por lo menos, espían todos los movimientos del ejército inglés y lo acosan sin cesar. Un episodio de esta resuelta táctica ofensiva es el sangriento combate de Tabachu y la captura de un convoy de municiones de guerra y de cerca de dos baterías, á pocas millas de distancia del cuartel general. Hechos de este género habrán de multiplicarse y seguro es que la lucha indecisa y homicida va á prolongarse durante todo el otoño austral y entrará en el crudísimo invierno (que á nuestro verano corresponde) antes quizás de que los movimientos conjugados de Roberts y de Buller hayan convergido en Pretoria. Es, pues, una necesidad cada día más apremiante la paz; zafó está el honor militar inglés de toda censura depresiva; ningún ejército europeo habría tenido en ese país y con esos hombres mejor éxito que el que tan earamente va conquistando á medias el ejército de la Reina; más vale la paz, seguro que los "boers" la aceptan con todas las franquicias de los extranjeros en los distritos auríferos que plazca á Mr. Chamberlain exigir, y quizás hasta con un serio desarme, si el gabinete de Winsor consiente en reconocer la independencia de las dos republiquillas heroicas en los términos del último tratado. No nos cansaremos de hacer votos en América por esta solución.

\*\*\*

Decimos en América y no excluimos de ella ni siquiera á la América inglesa; el Canadá se ha asegurado, gracias á la solícita premura con que ha enviado sus contingentes, la gratitud de su vieja metrópoli que le pagará no sólo ensanchando, si cabe, sus franquicias, aunque el "home rule" canadense es casi completo, sino apoyando más resueltamente las pretensiones que en el asunto del Klondike ha manifestado y que son perfectamente incompatibles con las que los Estados Unidos harán en su tratado con Rusia, cuando la cesión, ó mejor dicho, la compra de Alaska. Pues á pesar de todo, estamos seguros que allí como en el partido liberal inglés, es general la simpatía respetuosa á los bóers que luchan hasta hoy con mejor suceso que los canadenses durante la guerra de siete años que les costó su independencia.

Esa simpatía es declarada en los Estados Unidos; el senador Mason asegura que el 95 por ciento de la población de los Estados Unidos simpatiza con los boers y en el sentido de una expresa manifestación de simpatía en favor de estos bravos; sólo la decisiva influencia del Presidente deseoso de no causar una desazón á Inglaterra que, por más que hoy se niegue impidió á Europa defender á España en la última contienda, puede detener un paso de tanta importancia moral en el Congreso americano.

Es cierto que del texto del nuevo tratado Hay-Pauncefote que nulificó el famoso tratado Clayton-Buller, que en realidad había impedido la construcción del canal de Nicaragua, por la exigencia de que todo se hiciese de común acuerdo por ambos contratantes, es cierto, decimos, que ese tratado, (el nuevo) incluye terminantemente en su artículo 6o. esta frase: estos arreglos tienen por objeto "estrechar los lazos de amistad y "alianza" que existen entre las partes contratantes" y á ella se refería el ministro Chamberlain cuando de "alianza" entre Inglaterra y los Estados Unidos habló hace dos ó tres meses, pero no es menos cierto que el gobierno y sobre todo, el pueblo americano se han esforzado en probar cuál era el alcance que á esa palabra daban y que es mucho menor que el de un pacto recíproco de defensa y ataque, como suelen ser los tratados de alianza, como lo es el de la "Dreibund" y probablemente el de Francia y Rusia.

Ojalá que Inglaterra, lo repetimos y lo diremos siempre, se convenciera de que fuera de Europa

se profesa franca admiración por ella; y que el sentimiento del mundo no sólo está compuesto de simpatía profunda hácia los débiles que saben mostrarse tan fuertes, sino de tristeza de que el pueblo más grande quizás de la civilización humana parezca incapaz de un gran acto de equidad y de justicia.

3.—Resultó inexacto el informe sobre las pretensiones del príncipe Fernando de inaugurar su monarquía de Bulgaria y proclamar su independencia; deseos no faltan, pero la presión de Europa le impide moverse. Mas por otro lado vienen graves aficciones al imperio del Oriente: los rusos han solicitado grandes concesiones de ferrocarriles en el Asia Menor, que, de ser otorgadas, probablemente pondrán en peligro las relaciones del Sultán con algunas potencias y que seguramente acabarán por convertir la Anatolia en provincia rusa. El caso es que por más que el Sultán ha rogado los rusos permanecen firmes; y que el ejército del Cáucaso sube á proporciones inusitadas

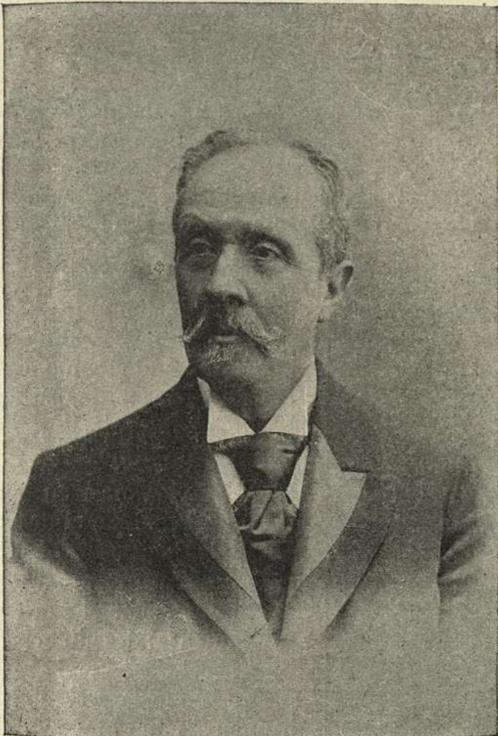
y que,.... habrá concesiones, naturalmente.... El Sultán oye muy bien de ese lado, el del Mar Negro.

Porque, según parece, los armamentos de Rusia en el Cáucaso y en Crimea, constituyen la amenaza más seria que el Asia Menor haya visto, en este siglo, crecer en su horizonte. Turquía debe todavía á Rusia una cantidad muy fuerte de la indemnización de la última guerra, indemnización que no cobra sino cuando quiere obtener alguna concesión ú obligar al Ildiz-Kiosk á seguir determinado rumbo, y ahora se encuentra ante una petición formal de permisos para construir una red de ferrocarriles en Asia Menor, en Anatolia, como los turcos dicen. Estima el Sultán que esto equivale á ceder á Rusia la rica península, y los ingleses y por ventura los alemanes deben de apoyar la resistencia de la Puerta. Rusia hará sus ferrocarriles; la enorme masa del Imperio asiático-europeo que se articula y organiza rápidamente, ejerce presiones irresistibles; está en el caso de que dos ó tres

grandes campañas perdidas apenas harían huella en aquel cuerpo de infinito vigor latente todavía. Y nosotros nos alegramos de veras de que Rusia adquiera el predominio en la comarca en donde con la venia, sino es con la orden del Emperador musulmán, se cometen los horripilantes asesinatos de las comunidades cristianas de armenios que recientemente han escandalizado al mundo.

Los turcos que siempre han sido diplomáticos finos están gastando ahora muchas coqueterías con Francia, y según parece, el viejo zorro de M. Constantans, desterrado de la política militante á la embajada de Constantinopla, es el personaje á quien más oye el Padischá. El objeto de estas coqueterías es neutralizar á Rusia, me parece que lo que más lograrán será neutralizar á Francia, que ya lo está.

*Justo Sierra*



**DR. RAFAEL LAVISTA.**

† El 4 de Abril de 1900.

La ciencia médica está de luto con motivo de la

muerte del Sr. Dr. Lavista, acaecida en la noche del día cuatro del corriente.

El Sr. Lavista estaba reputado como una eminencia médica y muchas veces representó á nuestro país en Congresos reunidos en el extranjero.

Fué presidente de la Academia N. de Medicina y los Doctores más reputados le llamaban "Maestro."

¡Descanse en paz!

## El 2 de Abril.

El lunes de la semana que acaba de pasar, se celebró una gran fiesta militar en conmemoración del glorioso aniversario del asalto de Puebla, el 2 de Abril de 1867, por las tropas republicanas al mando del Jefe del Ejército de Oriente, General Porfirio Díaz.

La fiesta consistió en notables maniobras militares, ejecutadas en el campo de San Lázaro, por una división de las tres armas, que sirvieron para demostrar una vez más los adelantos que ha alcanzado nuestro ejército, su disciplina y su magnífica instrucción en un todo ajustada á las enseñanzas de la más moderna táctica militar.

Pocos años, tal vez ninguno de los anteriores, ha sido tan grande la concurrencia que asistió á esta fiesta. Frente al campo, y á una distancia conveniente, se levantaron sólidas tribunas que se adornaron con buen gusto y fueron ocupadas por más de cinco mil personas invitadas, entre las que se contaban los miembros del Cuerpo Diplomático, los secretarios de Estado, muy distinguidos militares, funcionarios públicos y particulares.

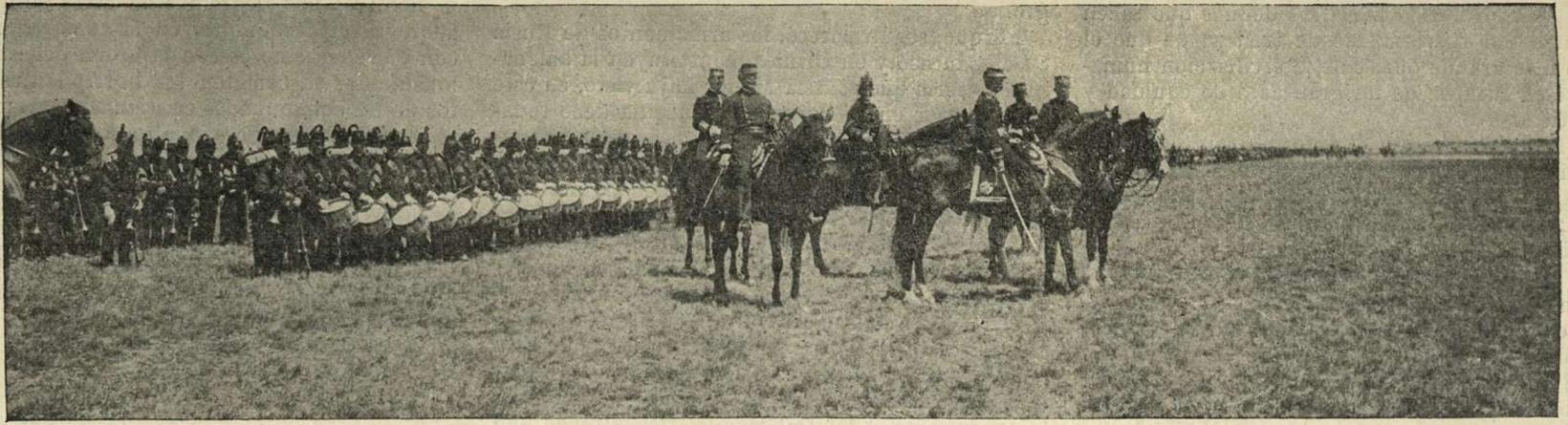


Sres. Gral. Díaz y Embajador Powel Clyton, en la tribuna de honor.

Los alumnos del Colegio Militar daban guardia de honor al pie de las tribunas y un magnífico servicio de policía conservó el mayor orden entre la multitud, que ocupando todo el rededor del paralelógramo señalado para las maniobras, estaba ansiosa por presenciarlas.



El Señor General Bernardo Reyes y su Estado Mayor.



Después de las maniobras

El señor General Díaz, héroe de la jornada gloriosa que se conmemoraba, salió á las ocho y minutos de la calle de Cadena, lucía su uniforme de gala y adornaban su pecho numerosas condecoraciones. Ginete en un precioso caballo y acompañado de los Generales Escudero, Vélez, Pezo, Mier, Villarreal, Ruiz, Cacho, Brigadier Ortiz Monasterio y los miembros del Estado Mayor, se dirigió el señor Presidente hacia San Lázaro.

En todo el trayecto, y tanto á la ida como á su regreso, fué objeto el señor General Díaz de calurosas manifestaciones del pueblo, que á su paso lo vitoreaba y prorrumpía en estrepitosos aplausos.

Al llegar al campo fué á recibirlo el señor Mi-

el sitio más á propósito para dominar con la vista la perspectiva que se desarrollaba.

A las nueve y minutos de la mañana, el Sr. Presidente comenzó la revista de las tropas, terminando á las nueve y treinta y cinco.

Se extendían en línea desplegada, cubriendo las alas, la caballería, y en el centro, la infantería, intercaladas las dos baterías de artillería; hacia los extremos estaba la sección de Ambulancia.

Luego que terminó la revista, se dirigió el Supremo Magistrado hacia las tribunas, acompañado del Ministro de la Guerra y los Estados Mayores. Todos los concurrentes prorrumpieron en aplausos y "vivas" al señor General Díaz, quien pasó á to-

Las bandas se habían incorporado á sus Batallones y Regimientos.

Veintidós fueron las evoluciones, siendo de notarse el alto grado de instrucción que han adquirido nuestros soldados, pues sus movimientos eran tan seguros y tan uniformes, que no había más que pedir.

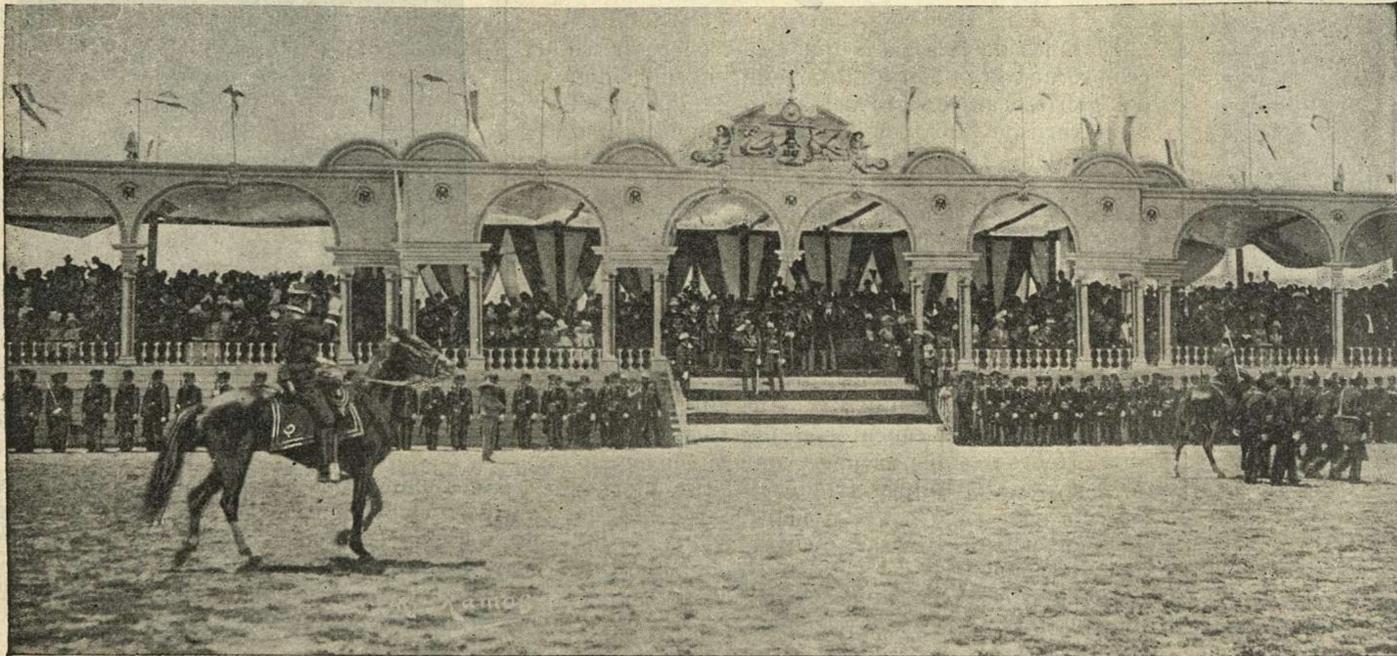
Pero hay un punto más notable aún por lo que respecta á la instrucción de nuestro ejército; nos referimos á la marcha en línea desplegada, evolución que fué aprobada en todo su mérito por los tácticos, y en todo su brillante efectismo por los profanos en la ciencia de la guerra. En verdad, esa marcha en línea desplegada, por soldados de las

tres armas, llevando un frente de 1,600 metros próximamente, parecía una inmensa línea recta avanzando como á compás, sin perder su condición geométrica, en lo más mínimo.

A las once en punto dió principio el desfile de los Cuerpos en columna de honor frente á las tribunas, en el orden siguiente: descubierta, General José María Pérez, Jefe de la División, con su Estado Mayor y escolta; Coronel Victoriano Huerta, Jefe de la Brigada de Infantería, con su Estado Mayor y escolta; Batallón de Zapadores con su Jefe, el Coronel Manuel Plata; una Bateria mínima de batalla, 30. Batallón de Infantería,

otra batería mínima de campaña, 160. Batallón de Infantería, con su Jefe, el Coronel Juan de la Mata Echeveste. En seguida, el Coronel Manuel Blázquez, Jefe de la Brigada de Caballería, con su Estado Mayor y escolta; 70. Regimiento con el teniente Coronel Pascual Uría, á la cabeza; el 90 Regimiento con su Coronel Tomás Fernández, y después la Sección de Ambulancia. A la retaguardia caminaba una Sección del 3er. Regimiento.

El señor Presidente, los Secretarios de Estado y miembros del Cuerpo Diplomático, presenciaron de pie el desfile de las tropas, que terminó á las once y media en punto.



Aspecto de las tribunas.

nistro de la Guerra, las baterías hicieron los honores de ordenanza, las bandas tocaron el Himno Nacional, y la multitud allí reunida saludó al ilustre veterano con vivas prolongados y nutridos aplausos.

Antes de que dieran principio las maniobras, seguido del señor Ministro de la Guerra, de la Plana Mayor de Generales y Estados Mayores, brillante séquito digno de un cuadro y objeto de los comentarios más encomiásticos, recorrió el señor Presidente todo el campo, en distintas direcciones, deteniéndose en algunos puntos, como fué frente á las Baterías de Artillería, en la línea divisoria Norte y en el puesto de Socorros que era

mar asiento en el lugar de preferencia, de la tribuna de honor, teniendo á su derecha al señor Mariscal, y á su izquierda al señor Embajador Clayton.

A las nueve y media llegaron al campo de las operaciones, las señoras Romero Rubio de Díaz, de Teresa y de Elízaga, siendo recibidas por los señores Mariscal, Raygosa y Lancaster Jones.

Luego que el señor Presidente tomó asiento en la tribuna de honor, dieron principio las maniobras que se ejecutaron después, con una precisión admirable, al mando del señor Ministro de la Guerra, según el instructivo que dimos á conocer en su oportunidad.



Fotografía instantánea tomada al paso de la artillería.



JESÚS EN GETZEMANÍ.

Cuadro de H. Hofman.

# Domingo de Ramos

Refiere el Evangelio, hermanas mías, que entró Jesús en Jerusalén montado en una pollina, y que el pueblo tendía las capas á su paso y agitaba palmas, en muestra de regocijo, y entonaba hosanas. Esta triunfal entrada á ciudad santa, me parece muy semejante, en muchos casos, al solemne día del matrimonio. Jerusalem es, por ejemplo Santa Brígida. A la pollina ha reemplazado el landó en que llegan los novios. La ciudad... digo la iglesia, está adornada y de fiesta. Al observar el infinito número de flores que hay, orlando las columnas y tapizando las paredes, se cae en cuenta que para la feliz pareja es aquel día su día de Ramos, el principio de su Semana Santa. El órgano canta ¡hossannas! como el pueblo de Jerusalem. La multitud se divide en dos grandes masas, para abrir calle á los triunfadores, y murmullo de admiración cortesana se alza y se extiende en la majestuosa nave de la iglesia. Ya entraron en Jerusalem! Ya comenzó la gran Semana!

Os hablo, por supuesto, señoritas, de los matrimonios hechos ligera y atolondradamente. Para los que se hacen como Dios manda, Jerusalem es más piadosa y menos tornadiza. Para éstos al día de Ramos siguen la Anunciación, el Nacimiento y otras fiestas simpáticas y poéticas. Más para los primeros en pos del Domingo de Ramos viene indefectiblemente las Tinieblas, el "pase de mi este cáliz," los azotes, el pésame, y por último, un amigo traidor que mete la mano en el plato, un desesperado que se ahorca ó un amor muerto y sepultado que nunca, nunca resucitará.

Para que no paséis por este calvario, voy á hacer algunas advertencias.

Ante todo, caballeros y damas, no entréis en Jerusalem, ó sea en el matrimonio, con el fin de hacer alguna redención. Hay algunos varones, ejemplares y magnánimos que suelen decir á la que va á ser su esposa: "yo no te perdono porque amaste mucho." Esto es de consecuencias desastrosas. Procuren ustedes, caballeros, que sus futuras hayan amado lo menos posible. Nuestro maestro Víctor Hugo dijo: No maldigáis á la mujer que cae; pero no dijo que nos casáramos con ella.



Y en cuanto á ustedes, señoritas, ruegos también que no penséis en redenciones. Muchas de vosotras aman ó creen amar á un botarate, á un perdido, á un jugador, á un ebrio más ó menos adelantado, y al pensar en casarse se dicen para su coletó;—mi amor lo redimirá!—Esto es muy noble, aunque algo andaluz; pero tened en cuenta que la única redención que se ha realizado fué á expensas de la vida del Redentor.

Tampoco, señoritas—y esto os lo digo para que seáis felices—imagineis que vais á hallaros la felicidad. Suenan algunas que al casarse, su vida mudará completamente, y que todo será sonrisas, mimos, cariñosos halagos de la suerte, y como la vida siempre es la vida, como las enfermedades, los pesares, etc., no se guardan con el vestido de novia, que ya no vuelve á usar la esposa, el desencanto es lamentable. A mí no me dan lástima los que se quejan de no ser dichosos. Esto es quejarse de que no hay sol por la noche. Pues, si no hay, ¿para qué vamos á quejarnos? Confórmense ustedes con obtener los premios chicos, las "aproximaciones" en la lotería, porque el premio principal sólo le toca á uno, y ese uno es casi siempre un desconocido á quien nunca llegaremos á conocer.



Alejandro Dumás, (hijo) daba estos consejos algo tristes, pero algo ciertos, á una muchacha casi tan buena como vosotras, á la Anita de Fancilló:

—"No te diré como tu confesor ó como Hamlet, el primero con su fe y el otro con su duda: Entra á un convento. No; tú tienes otro destino que cumplir, tan abnegado y útil como el de las monjas; pero no pidas al amor más de lo que el amor te puede dar. Pídele, por el matrimonio, el medio de cumplir tu natural destino, y si te da la maternidad, queda satisfecha. Sé indulgente para con el hombre y reconocida para con Dios."

Prefiero, hermanas mías, que entréis en el matrimonio con alguna desconfianza y hasta con algún temor, á que entréis con desmedidas esperanzas.

Pensad que de la pasión, del apóstol traidor, de la cruenta agonía, podréis libraros y de seguro os libraréis, si obráis cuerdamente; pero bueno es que no vayais enteramente seguras de escapar al ayuno de los días santos y de los azotes más ó menos leves que la suerte aplica siempre á todos los humanos. Procurad, sobre todo, que vuestro amor no muera, ó que solo muera aparentemente, como el Salvador, para resucitar á los tres días, y vivir la inmortal y serena vida del espíritu.



No penséis al casaros, señoritas:—Voy á ser feliz. Decid:—Vamos á ser dos, y mis penas y mis alegrías aumentarán, porque sufriré con él y gozaré con él. Y cuando seáis dos, sed tres y... cuatro luego... ¡Vaya! hasta cinco, para que podáis ajustar el sistema decimal; pero... no os aconsejo, os deseo que no agreguéis muchos sumandos, porque las sumas largas son complicadas y dificultosas. En fin, sumad, sumad cuanto queráis; pero á medida que el esposo vaya aumentando las multiplicaciones en el libro de caja. Dividid poco, ó mejor dicho, entre pocos; el amor entre los vuestros. Restad menos.

Yo creo que la felicidad, á pesar de lo que antes dije, ó más bien para explicar lo que dije antes, no es tan difícil de encontrar. Solo que no la conocemos, pasa inadvertida por nosotros y no nos asimos de su brazo ni siquiera la saludamos. Y luego exclama el hombre:—¡Ah! ¿cómo era aquella...?—Y sí aquella... era!

Nosotros creemos que la felicidad es una señora muy alta, muy hermosa, muy rica; y la felicidad es bajita de estatura, algo pálida, pero muy buena, muy bonita, muy de su casa, muy humilde. Al hallarla decimos:—Esta ha de ser la hermana menor de la felicidad, la hormiga de la casa, la Marta que trabaja. Y no; es la misma! Como no hace ruido, cuesta trabajo saber en dónde está. Como es muy vergonzosa, casi siempre está escondida. Pero vosotras, señoritas, la encontraréis, sin duda alguna, siempre que no la esperéis, porque la felicidad está muy ocupada y no puede ir á todas las casas en que la aguardan, sino siempre que la busquéis solícita y cariñosamente.

Cásense ustedes: ¿no ven que todo lo que vuela tiene dos alas?

Pero si no os sentis con la prudencia y tino necesario para saber acomodarse con otro carácter, para triunfar de vosotras mismas—porque es triunfar el ser vencido por amor—entonces, no os caséis, á menos que no queráis ser asesinos.

El amor sabe mucho; preguntadle. Y si así lo hiciéreis, señoritas, el amor os lo premie; y si no, os lo demande.

Manuel Gutiérrez Najera,



## LA RESURRECCION Y LA VIDA.



Junto al sepulcro al fin la planta helada,  
Mis ojos, turbios ya, le ven por dentro;  
Pero ¡bendito Dios! no en él encuentro  
Las sombras y el vacío de la nada.

Ve el alma, de sus culpas aterrada,  
Su fe brillar en el obscuro centro,  
Y yo asistido, en su espacioso centro,  
Con la promesa de Jesús sagrada.

Ruda mi vida fué, vária mi suerte,  
Graves mis culpas ¡ay! y el alma herida  
De cristiano temor lágrimas vierte,

Y se conturba y tiembla; mas no olvida  
Que el Redentor para endulzar la muerte,  
Dijo: "Yo soy resurrección y vida."

José María Roca Bárcena.

## LA ANTIGUA FE.



Cruzañte al fin, amiga, los desiertos  
Umbrales misteriosos de lo arcano,  
Y puedes evocar bajo tu mano  
Las almas invisibles de los muertos.

La tierra y el espacio, antes desiertos  
Para tu corazón ya no cristiano,  
Pobláronse de seres, mas en vano;  
Tu pensamiento y tu alma siguen yertos.

¿A qué buscar lo que la vida esconde  
Si lo ignorado siempre te responde  
Con ambiguas palabras de sibila?

Sacude ya la duda que te asalta  
Y torna hacia la Cruz tu fe tranquila;  
Que si te falta Dios, todo te falta!

Balbino Dávalos.

## A NEMESIS

De el libro de las "Místicas"



Tu brazo en el dolor me precipita;  
me robas cuanto al ánima recrea  
y casi nada tengo: flor que orea  
tu aliento de simun, se me marchita.

Pero crece mi fe junto á mi cuita  
y clamo como el justo de Idumea:  
"Así lo quiere Dios: Bendito sea;  
el Señor me lo da y El me lo quita."

Que medre tu furor; nada me importa.  
"puedo todo en Aquel que me conforta"  
y me resigno al duelo que me mata;

porque, roja visión en noche oscura,  
Cristo va por mi vía de amargura  
agitando su túnica escarlata.

Amado Berro



ROSA MÍSTICA.

Cuadro de la Srta. Alicia María Teresa Eckermans.



**I.--Invocación.--Pureza virginal.--Ave María.--Nacimiento de Jesús.--Amor materno.--Los sabios de Oriente.--Herodes.--Huída de Egipto.**  
**II.--Cristo.--Su predicación.--Sus milagros.--El lábaro del Gólgota. III.--Stabat Mater. Las tres coronas.--Símbolo del dolor. IV.--La Asunción. V.--Plegaria.**

## I

Rosa á la orilla del Jordán nacida,  
 Inmaculada virgen de Judea,  
 Estrella de los cielos desprendida,  
 Aura del manso mar de Galilea,  
 Lirio del valle de perenne vida,  
 Luz que los ojos de Jehová recrea,  
 De la prole de Adán gala y encanto,  
 Madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

## II

El arpa dame del querube ardiente,  
 Que Reina del empíreo te proclama;  
 Dame que brille en mi abatida frente  
 De tu alma inspiración la intensa llama;  
 Desvanece las nieblas de mi mente  
 Y en casto amor mi corazón inflama.  
 ¡Qué invencible poder tendrá mi lira  
 Si la Madre de Dios mi canto inspira!

## III

Inspirado por tí, regio caudillo  
 En Covadonga alzó la cruz gloriosa;  
 El de Urbino copió del cielo el brillo,  
 Pulsó León la cítara armoniosa;  
 Inspirado por tí, trazó Murillo,  
 Su bella y lastimera Dolorosa  
 Y al trasladar al lienzo sus enojos  
 Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

## IV

Yo el eco quiero ser de tu voz pura,  
 El alma que comparta tus pesares,  
 Plectro de oro que alabe tu dulzura  
 En plácidos y fervidos cantares.  
 Pedestal de tu angélica hermosura,  
 Incienso que se abraza en tus altares,  
 Césped que pise tu nevada planta,  
 Pecho que encienda tu mirada santa.

## V

Ni el oro acrisolado, ni el ligero  
 Copo de nieve, ni el arrullo blando  
 Del céfiro del alba lisonjero,  
 Ni el rocío azucenas coronando,  
 Ni de la infancia el sueño placentero,  
 Ni de las tiernas palomas niveo bando,  
 Ni el diáfano cristal, ni el claro día  
 Igualan la pureza de María.

## VI

¿Qué misterioso sér los aires hiende,  
 Larga huella dejando luminosa?  
 Rauda hacia Nazaret el vuelo tiende  
 Y de María en la mansión reposa;  
 Lino sutil desde sus hombros pende  
 Que le envuelve cual nube vaporosa,  
 Y con doradas flores en guirnalda  
 Sus cabellos que flotan por la espalda.

## VII

“No soy, exclama, el ángel iracundo  
 “Que abraza pueblos y preside males;  
 “Vengo á anunciar que el Redentor del Mundo  
 “Se alberga en tus entrañas virginales.  
 “De la gracia de Dios raudal fecundo  
 “Desciende de las cumbres celestiales.  
 “María, gloria á tí. Del cielo amigo,  
 “Soy el cco no más. Dios es contigo.”

## VIII

Dice, y traslada de su pura frente  
 A la no menos pura de María  
 La guirnalda que en cerco refulgente  
 Sus ondulantes hebras recogía,  
 Y esparciendo en redor profusamente  
 Esplendores, aromas y armonías,  
 En apacible y sosegado vuelo  
 El bello arcángel se devuelve al cielo.

## IX

El rostro ebúrneo de rubor cubierto  
 Escucha al ángel la mujer bendita,  
 Y empieza ya á sentir germen despierto  
 De agena vida que su seno agita.  
 Para una flor contempla el sol abierto,  
 Claro sol que fecunda y no marchita,  
 Y que ella es esa flor, la flor preciosa  
 De nuestro edén perdido trasplantada.

## X

Suspenden las divinas maravillas  
 A la modesta Virgen pudorosa,  
 Y en el suelo cayendo de rodillas,  
 Entornando sus párpados de rosa,  
 Con encendido fuego en las mejillas  
 Las manos cruza y dice temblorosa:  
 “Cúmplase ¡oh Dios! lo que benigno ofreces;  
 “Tu humilde sierva soy, tú me enalteces.”

## XI

Y pasan días, y del polo helado,  
 Baja entre densas nieblas el invierno,  
 Y en un pueblo escondido y apartado  
 Viene á la luz el Hijo del Eterno  
 En mísero portal, desamparado,  
 Sin más apoyo que el amor materno;  
 Que tan solo al cariño de María  
 Dios el cuidado de Jesús confía.

## XII

Es el amor materno, amor del cielo,  
 Amor sin recompensa ni mudanza.  
 “Cuántas horas de hiel y de desvelo  
 En premio de su afán la madre alcanza!”  
 Los que en desesperado desconsuelo  
 De nuestra alma negáis la semejanza  
 Con el Dios de bondad, de todos Padre,  
 Recordad el amor de vuestra Madre.

## XIII

Nueva estrella su luz al orbe envía  
 Y abrillanta el azul del firmamento  
 Para anunciar del hijo de María  
 El ya profetizado nacimiento;  
 Sirve á tres sabios de certera guía  
 Que acuden á prestarle acatamiento  
 Desde remotos climas del Oriente,  
 Y adoran á Jesús humildemente.

## XIV

Temiendo Herodes la funesta suerte  
 Que le reservan implacables hados,  
 Si creciendo Jesús con mano fuerte  
 Rompe su cetro y reina en sus estados,  
 Manda que den inmerecida muerte  
 Sus dóciles y bárbaros soldados  
 A cuantos niños en materno pecho  
 Encuentran dulce miel y suave lecho

## XV

Al ver á los sicarios inhumanos,  
 La noble frente Palestina enluta;  
 María, huyendo de sus viles manos,  
 De Egipto emprende la penosa ruta;  
 Cruza desiertos, ríos, montes, llanos,  
 Y ora se oculta en tenebrosa gruta  
 Ora se pierde en desusada senda,  
 Llevando en brazos de su amor la prenda.

## XVI

Asustan su embargada fantasía  
 Los cantos de los hijos del desierto,  
 El silencio mortal de noche umbría,  
 Del árbol deshojado el tronco yerto,  
 La deslumbrante claridad del día,  
 El mar que hierve en el lejano puerto...  
 Y en su continuo afán apenas osa  
 Convertir hacia atrás la vista ansiosa.

## XVII

Huella, por fin, su fugitiva planta  
 Las llanuras que inunda el fértil Nilo,  
 Y besa la abrasada arena santa  
 Del pueblo amigo que la presta asilo;  
 Con inmenso placer mira y la encanta  
 El rostro de Jesús bello y tranquilo,  
 Y su oprimido pecho acongojado  
 Respira ya sin torcedor cuidado.

## XVIII

Crece el fruto que dieron tus entrañas  
 Cual árbol junto al margen caudaloso.  
 Abandona ciudades y cabañas  
 Para correr tras él el pueblo ansioso,  
 Siguiéndole á desiertos y montañas.—  
 En secular letargo vergonzoso  
 La humanidad yacía torpe y yerta,  
 Y de Cristo á la voz, joven despierta.

XIX

No se muestra con rayos encendidos  
Ni ciñendo á la sien laurel sangriento;  
No quiere alucinar á los sentidos,  
Sino en el corazón tomar asiento;  
A toda desventura presta oídos:  
Embalsama el pesar su dulce acento.  
Sus portentos ni asustan ni estremecen;  
Sus milagros consuelan y enternecen.

XX

Cristo, ni airado en Sináí fulmina,  
Ni en diluvio voraz anega el suelo.  
Ni difunde el terror en Palestina;  
De la sublime caridad modelo,  
Con su ejemplo corona su doctrina,  
Muere sobre la cruz, aplaca al cielo,  
Y tremola del Gólgota en la peña  
De la virtud la salvadora enseña.

XXI

Y ora tras mí venid.—En el ocaso  
El sol se va apagando lentamente,  
Y de la luna el resplandor escaso  
Entristece los campos del Oriente.  
Hacia el calvario enderezad el paso,  
Silencio sepulcral hiela el ambiente;  
Allí al pie de la cruz llora María  
En pavorosa soledad sombría.

XXII

Lívida, demudada y macilenta  
Con ambos brazos á la cruz se anuda;  
Viendo muerto á Jesús y que ella alienta,  
De la verdad de su desgracia duda;  
Ya en lastimera voz su mal lamenta,  
Ya el supremo dolor la deja muda.  
¡Cuál padece la madre desolada,  
Sin clavos y sin cruz crucificada!!

XXIII

La negra sombra de la noche oscura  
Ni tibio rayo de esperanza aclara.  
El cáliz de la hiel su labio apura,  
Se pierde tu clamor, nadie te ampara.  
¿No hay un querub en la celeste altura  
Que le mueva el pesar que te acibara?  
¿Cómo no se desgarran el firmamento  
Al repetir el eco de tu acento?

XXIV

¡Lloras! ¡Madre infeliz! ¿No era bastante  
A redimir la culpa cometida,  
En suplicio horroroso y humillante  
Inmolar de Jesús la excelsa vida?  
¿Para qué abrir con dardo penetrante  
De tus dolores la profunda herida?  
Ya derrocado de su solio el vicio,  
¿De qué sirve tu estéril sacrificio?

XXV

El Sér, por cuya mano poderosa  
En alto pedestal te hallas alzada,  
Quiso sin duda ver tu frente hermosa  
Con tres santas coronas adornada:  
De madre la diadema esplendorosa,  
De virgen la guirnalda inmaculada,  
Y la aureola inmortal, cándida y pura  
De la no merecida desventura.

XXVI

¡Ah! Tú eres el dolor volando al cielo,  
Bajel que boga en tormentosos mares.  
Tú sabes de la vida el desconsuelo,  
Tú sabes, madre, lo que son pesares.  
Es un valle de lágrimas el suelo,  
Y el dolor debe estar en los altares,  
Sí, tú eres del dolor símbolo santo,  
Y tú, al llorar, enalteceste el llanto.

XXVII

Mas ya de rosicler hollando nubes  
Del orbe dejas la mezquina esfera  
Y circundan espléndidos querubes  
Con estrellas tu unguida cabellera.  
En sus alas al cielo rauda subes;  
Tu llorado Jesús en él te espera;  
Y la difícil puerta en el instante  
Rueda sobre sus ejes de diamante.

XXVIII

Allí en tablas de mármol esculpida,  
De tu martirio ves la amarga historia.  
Al comenzar tu nueva y grata vida,  
Con doblado placer canta la Gloria.  
Mas no borre tu dicha indefinida  
De tu terreno viaje la memoria,  
Y no te olvides del que gime triste  
En este valle donde tú gemiste.

XXIX

Mira, Señora, que á tus pies me postro,  
Demandando piedad que ya me abate  
Desatado huracán, y en vano arrostro  
Del Pomto bramador el recio embate.  
A mí convierte tu divino rostro,  
Y lucirá la paz tras del combate;  
Muévate mi dolor, dame el descanso,  
Torna el revuelto mar en lago manso.

XXX

Eres astro que alumbra y que no ciega,  
Amor que siempre acrece y nunca muere,  
Lluvia que alegra el prado y no lo anega,  
Mano que siempre cura y nunca hiere.  
El Señor á tu ruego nada niega:  
¿Qué se puede negar á quien se quiere?  
Y pues tu labio cuanto pide alcanza,  
Dame, si no la dicha, la esperanza.

XXXI

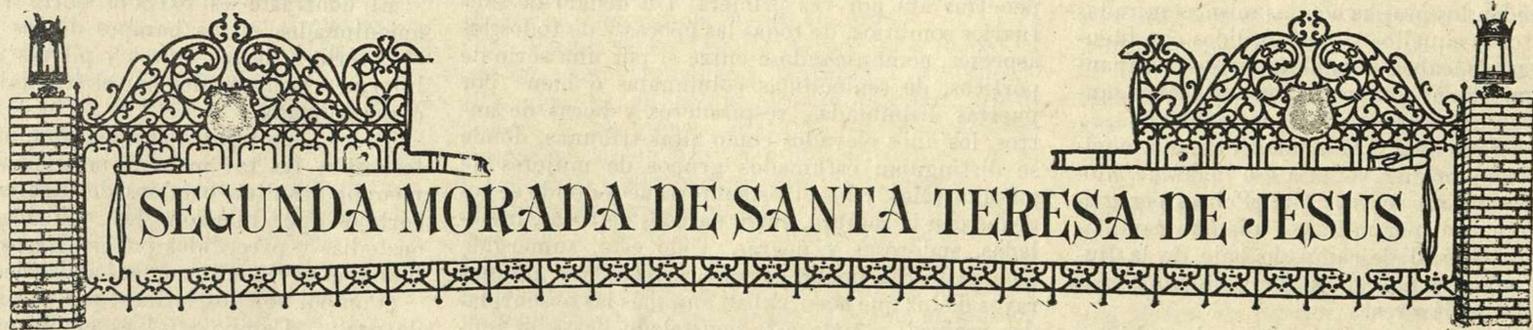
Sé que la dicha que el humano anhela,  
En este valle lóbrego no anida;  
Es ave cautelosa que no vuela  
Sino en alta región desconocida.  
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,  
Que nada teme, que jamás olvida.  
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?  
Del cielo en el recóndito misterio.

XXXII

Y ¿qué fuera ese cielo prometido  
Sin el encanto del amor dichoso?  
Un desierto sin linde conocido,  
Y cuanto más inmenso más penoso,  
Vasto templo con oro revestido,  
Encerrado sepulcro silencioso;  
Y es la pena mayor del negro averno  
Eterna vida, sin amor eterno.

XXXIII

Palma de Nazaret, Virgen María,  
Cual la ofrenda de Abel suba ligera  
En vuelo fácil la plegaria mía  
Al almo cielo do el amor mira;  
Y mientras luce el suspirado día  
De abandonar la terrenal esfera,  
No desampares al que gime triste  
En este valle, donde tú gemiste.



LA VOZ DEL SEÑOR.—LUCHA INTERIOR—ESPIRITU VARONIL.—EN QUÉ ESTÁ TODO.

Los que han entendido lo que les importa no quedarse en las primeras moradas, y comienzan á tener ratos de oración, que, aunque flojamente, Dios les estima en mucho, están en las moradas segundas.

Se está más cerca del Señor, “que es muy buen vecino.”

“Tiene en tanto que le queramos,” que no nos deja de llamar una ú otra vez para que nos acerquemos más á él.

Se oye su voz, la voz de Dios que nos llama por una enfermedad, por un trabajo; que nos habla por toda persona buena, por todo libro bueno... por la verdad que nos enseña en aquellos ratos de oración...

Hay esperanza de adelantar.

El peligro de perderse es menor que en las moradas primeras, porque ya parece que se entienden.

El trabajo, en parte, es mayor. Las primeras moradas son como de mudos que no oyen, y “así pasan mejor su trabajo de no hablar” que si oyesen y no pudieran hablar.

Es la voz del Señor tan dulce, “que se deshace la pobre alma” en no hacer luego lo que le

manda esa voz amorosa, es más trabajo que no oirlo.

La batería que aquí da el espíritu de las tinieblas es más terrible, porque el alma oye.

Mas no por eso se desea más lo de los que no oyen, porque al fin “gran cosa es entender lo que nos dicen.”

Lucha dentro de sí mismo.

...  
¡Ah! es que ya hay esperanza de vencer. No luchaba el alma antes, porque se daba por vencida.

Aunque presenta el enemigo los contentos del vivir frente á las abstinencias de la mortificación, las satisfacciones del bienestar sensible contra las austeridades de la penitencia, aquí ¡oh Señor! con vuestra necesaria ayuda la fe nos enseña lo que debemos hacer, la memoria nos muestra en que paran las cosas de acá abajo, el entendimiento nos hace conocer la falsedad y engaño de los contentos de este mundo lleno de contradicción. Y sobre todo, la voluntad nos inclina á amar al verdadero amador del alma, que está siempre dándole vida y sér...

Además, esta batería que se pasa nos enseña el gran daño que nos hará andar derramados, y la en-

gañosa ilusión de salir de nosotros mismos; pues “¿qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras cosas, cuando en las propias no podemos sosegar?”

¿Buscamos paz en casa ajena y no la procuramos en la nuestra?

Nosotros mismos, con quien hemos de vivir siempre, aunque no queramos, somos nuestros mortales enemigos, tanto como lo seamos, por nuestros pecados, de Aquél por quien vivimos y somos.

¿Y quién hallará paz ni seguridad como en este castillo interior? ¡Teniendo tal huésped que le hará señor de todos los bienes, “si él no quiere andar perdido como el hijo pródigo, comiendo manjar de puerco!”

...  
“Pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros, es desatino.”

Mas está tan muerta la fe, que “creemos más lo que vemos,” que lo que ella nos dice.

¡Lucha, vencimiento, esfuerzo!

Esto vemos con el sentido, y esto creemos y tememos sea sólo nuestro regalo en las interiores moradas...

“Es cosa donosa” que aún estamos con mil imperfecciones “y las virtudes que aún no saben andar,” y ya queremos gustos en la oración, y nos quejamos de asperezas y de sequedades.

Tengamos espíritu varonil, y no como el de aquellos israelitas que se echaron á “beber de brucos” cuando iban á la batalla.

“Y no acordarse que hay regalos en esto que comienza de nuestra edificación espiritual, porque es muy baja manera de comenzar á labrar un tan precioso y grande edificio. “Es como comenzar sobre arena y dar después con todo en el suelo.”

Sean nuestras armas las de la cruz, que no las hay mejores en esta batalla. Y no pensar que son estas las moradas “á donde se llueve el maná,” sino que están más adelante, á donde todo sabe á lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios.

¡Moradas escondidas donde se puede burlar el alma de sus enemigos, y gozar, por la misericordia de Dios, “de muchos más bienes que podría desear,” aún en esta vida!

¿Qué es lo que perseguimos?

¿Dónde está la victoria sobre nosotros mismos?

¿Cuál será ese estado oculto de paz á que aspiramos? . . .

Toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser de trabajar y determinarse con cuantas diligencias pueda á hacer conforme su voluntad con la de Dios.

En esto consiste la perfección y todo nuestro bien. Y no pensemos “que hay aquí más algarabías ni cosas no sabidas y entendidas” . . .

Mas, estando en las moradas segundas, no se tiene aún determinación para dejar de entrar en las primeras, porque no se dejan las ocasiones, “que es harto peligro.”

## Una visita al Santo Sepulcro.

DEL FAMOSO LIBRO “JERUSALEM.”

A pie, con un árabe cualquiera, por guía, salgo de mi hotel para ir por fin al Santo Sepulcro, situado casi en el corazón de Jerusalén, por calles estrechas, tortuosas, y entre muros viejos como las cruzadas, sin ventanas ni techos. Por el pavimento mojado y bajo del cielo aún obscuro circulan las vestiduras del Oriente: turcos, beduinos ó judíos, y las mujeres como fantasmas: con velos sombríos las mahometanas y con blancos las cristianas.

La ciudad ha permanecido sarracena: Casi sin notar, veo que atravesamos un bazar oriental, cuyos puestos están ocupados por vendedores de turbante, y en la penumbra de las cubiertas callejuelas pasan en fila camellos lentos y enormes, que nos obligan á refugiarnos en los marcos de las puertas.

A menudo, es preciso plegarse á las paredes para dar paso á un extraño y prolongado desfile de mujeres rusas por lo menos sexagenarias todas, que marchan rápidamente apoyándose en sus báculos; ropas marchitas y envejecidas, paraguas también viejos, rostros de fatiga y sufrimiento que encuadran pañuelos negros; conjunto obscurecido y triste en medio de este Oriente coloreado.—Marchan con rapidéz, con ligereza sobrecitada á la par que agotada, atropellando todo sin ver, como Sanaralos, y los ojos anestizados, grandes é inmensamente abiertos en un sueño celestial. Y por centenas le suceden los mujiks con las mismas miradas de éxtasis; todos aquellos viejos, sórdidos con lenguas barbas grises, cabellos también grises, escapando en mechones de sus sombreros; en sus pechos muchas medallas que revelan antiguos soldados. . . . Habiendo entrado ayer á la Ciudad Sagrada, vuelven ahora de su primer visita á ese lugar de adoración, á donde á mi vez voy á ir! Pobres peregrinos que llegan aquí por millares, que han caminado á pie, dormido al descampado bajo de la lluvia ó la nieve, sufriendo el hambre y dejando tras de sus huellas cadáveres!

A medida que uno se aproxima, los objetos orientales en las tiendas portátiles, ceden su puesto á objetos de obscura piedad cristiana: capillas á millares, cruces, lámparas sagradas é imágenes. La multitud es más compacta y otros peregrinos, viejos mujiks, viejos matuckas detienen para comprar humildes rosarios de madera, crucifijos de á dos centavos, que llevarán de aquí, como reliquias eternamente sagradas.

Por fin, es un muro viejo y musgoso como una roca, ábrese una puerta informe, estrecha y baja, y por una serie de escalones descendentes se llega á un lugar rodeado de elevados muros y frente á la basílica del Santo Sepulcro.

En este lugar, es costumbre descubrirse desde que el Santo Sepulcro se distingue, y se pasa descubierta aun cuando no se atravesase sino para seguir caminando por Jerusalem. Todo esto se halla sembrado de miserables que piden limosna, canturreando, de peregrinos que ruegan, vendedores de cruces que tienen sus puestos insignificantes en el suelo, sobre las viejas lozas gastadas y venerables. De los pavimentos y de entre las gradas surgen los pedestales aún “enraizando” columnas que soportaron en un tiempo basílicas y que han sido arrancadas como las de la iglesia de S. Esteban en

lejanos y dudosos tiempos, que todo es amontonamiento de despojos en esta ciudad, que ha sufrido veinte asedios y que todos los fanatismos han saqueado.

Las murallas elevadas que forman los flancos de la plaza, son capillas ó conventos—diríase mejor que eran fortalezas.—En el fondo, más alto y más sombrío que todo, se destaca una masa desnuda y destrozada, que es la fachada del Santo Sepulcro, y que ha tomado los aspectos y las irregularidades de una roca gigantesca. Está provista de dos enormes puertas del siglo XII, guarnecidas de un adorno de un arcaísmo extraño; la una está murada y la otra completamente abierta, deja ver en la obscuridad interior millares de flámulas pequeñas; y cantos, gritos, lamentaciones discordantes se escapan con perfumes de incienso.

Una vez franqueada la puerta, se encuentra uno á la sombra secular de una especie de vestíbulo, desde donde se descubren profundidades magníficas, donde arden innumerables lámparas. Los guardianes turcos equipados como para una matanza, guardan militarmente esta entrada, y sentados cual soberanos en un extenso diván, ven pasar los adoradores de este lugar, que es siempre, para su criterio el oprobio de Jerusalem musulmán, y que los más fanáticos de ellos no han dejado de llamar: “el Komamahe” (la obscenidad).

¡Oh la inolvidable é inesperada impresión al penetrar ahí por vez primera! Un dédalo de santuarios sombríos, de todas las épocas y de todos los aspectos, comunicándose entre sí por una serie de pórticos, de espléndidas columnatas ó bien por puertas disimuladas, respiraderos y bocas de antrós, los unos elevados como altas tribunas, donde se distinguían esfumados grupos de mujeres de amplios velos, y los otros, subterráneos donde se co-deaba con la sombra, entre paredes de rocas, invioladas, sudorosas y negras. Todo esto, sumergido en una media noche cortada á veces por algunos rayos de luz que acentuaban aún más las obscuridades vecinas; y todo esto constelado hasta lo infinito por lamparillas de oro y plata descendiendo á millares de las bóvedas. Por doquier la multitud circulando, confundidos como en un Babel, ó bien estacionándose agrupados por naciones en los tabernáculos de oro, donde se oficiaba.

Salmodias, lamentaciones, cantos de alegría llenando las altas bóvedas; ó bien, vibrando en las sonoridades sepulcrales de más allá, las gangosas melopeas de los griegos, cortadas por los alaridos de los Cophtes. . . Y en todas estas voces, una exaltación de súplicas y de lágrimas que funden sus disonancias y las unen, un conjunto que acaba por ser un no se qué de inusitado, que asciende de este recinto como la gran queja de los hombres, y el supremo grito de angustia ante la muerte.

La rotonda que tiene una cúpula elevada, á donde uno penetra y de donde se deja adivinar entre sus columnas el caos obscuro de otros santuarios, está ocupado en su centro, por el gran kiosko de mármol, de un lujo semibárbaro y sobrecargado de candiles de plata, que contiene la piedra del sepulcro. En torno de este sagrado kiosko la multitud se agita ó estaciona: de un lado centenares de mujiks arrodillados en las baldosas; del otro, las mujeres de Jerusalem, de pie con sus amplios

velos blancos—diríase grupo de vírgenes antiguas en esta penumbra de ensueño; más allá, abisinios y árabes con turbante, y con la frente fija en la tierra; turcos con el sable entre sus manos, en fin, gentes de todas las comuniones y de todas las lenguas.

Se hace alto en este sofocante reducto del Santo Sepulcro, que es como el corazón mismo de este colmenar de basílicas y de capillas, y después se empieza á desfilar uno á uno, baja la cabeza hasta entrar por una puertecilla cabada en el mármol y festoneada; ahí está el sepulcro, ahí adentro incrustrado de mármol en medio de íconos y de lámparas de oro. Al mismo tiempo que yo, pasaban un soldado ruso, una harapienta anciana, una mujer oriental con ricos trajes de brocado, y todos, besaban la cubierta tumbal y lloraban. Y otros seguían y otros siguiendo eternamente, tocando, abrazando, mojado de lágrimas esas mismas piedras.

Ninguna idea de conjunto en aquel barullo de iglesias y capillas que se agrupan en torno de este sacro kiosko; ahí se encuentran grandes maravillosamente suntuosas, y pequeñas humildes y primitivas, muriendo de vejez, en siniestros rincones ahlecados en la roca viva y en plena noche. Y aquí y allá la roca del calvario, desnuda y apareciendo en medio de las riquezas y los arcaicos decorados.

El contraste es extraño entre tantos tesoros amontonados, y los harapos de los peregrinos, y el deterioro de los muros y pilares usados, roídos informes y engrasados por el frotamiento de tanta carne humana.

Todos los altares, todas las comuniones diferentes están de tal manera mezcladas aquí que á menudo resultan cambios de lugares de padres y cortejos que hunden las multitudes llevando custodias y precedidos por genizaros armados que hieren el pavimento con sus alabardas. . . .!

¡Campo! son los latinos que pasan, con casulla de oro. . . Campo aún! es el obispo de la Siria con luenga barba blanca, que ha salido de una capilla subterránea; en seguida los griegos con sus paramentos bizantinos aún. . . Rápidamente de prisa caminan con sus vestiduras suntuosas mientras que delante de ellos, los incensarios de plata, que balancean los pequeñuelos, que avisan á las multitudes, que vacilan y terminan por apartarse. Por doquier es tan sombrío que es necesario para caminar, el cirio en la mano y en lo alto de las columnas en las galerías tenebrosas mil flammulillas.

Algunos hombres rezan en voz alta, lloran y sollozan, corren de una capilla á otra; aquí para abrazar la roca donde fué plantada la cruz, ahí para postrarme donde lloró María Magdalena; sacerdotes casi perdidos en la sombra para conducirnos por puertecillas fúnebres á los agujeros de las tumbas, y por fin, ancianas con la vista errante, las mejillas bañadas por el llanto, llegan de los negros subterráneos, de besar las piedras de los sepulcros.

Pierre Loti.

# Viernes de Dolores.

El viernes que precede á la Semana Mayor está dedicado por los pueblos cristianos de ritual católico á la conmemoración de los dolores que sufrió la Madre de Cristo al ser testigo, obligado de la pasión y de la muerte de su Hijo.

La poética figura de la Virgen Madre aparece entonces conmovida hasta lo más profundo de sus entrañas y las lágrimas surcan sus pálidas mejillas y es el más humano y eterno símbolo de la Maternidad.

El ritual ha fijado á María siete dolores, que en los íconos están materializados en siete puñales clavados en el corazón. ¡Pero es tan difícil tasar y contar los sufrimientos de una madre dolorosa! ¡Siete puñales no son nada junto á una pesadumbre maternal!

Diversos son los usos que el viernes de Dolores ha implantado entre los pueblos cristianos y su celebración varía desde el luto más absoluto hasta la algarabía más ruidosa y popular.

Nuestras costumbres tienden más á lo segundo y dejan el luto y la austeridad para el viernes siguiente, para el Viernes Santo, en que la Virgen Madre aparece al pie de la cruz, cuando el Hijo ha consumido ya el amargo cáliz de la redención humana.

El Viernes de Dolores bien pudiera llamarse en México el Viernes de las Flores. La época del año en que se celebra, es aquella en que la Diosa Primavera desciende sobre nuestros prados y nuestros pensiles y con su ósculo tibio y húmedo despierta la savia de los tallos y revienta los botones que se abren al nuevo sol, ávidos y frescos como labios de niños. ¡Flores, flores por doquiera! Y es natural que las llagas de la Virgen Madre se cubran con lluvia de pétalos.

El Viernes de Dolores empieza, pues, para los buenos habitantes de esta leal ciudad, con el famoso "Paseo de las Flores," que se verifica año por año en la Calzada de la Viga, á lo largo del Canal.

Pero nuestro "paseo de las flores" genuino y nacional, el que se celebra todos los años, es eminentemente popular, aún cuando nuestras clases altas no desdennan tomar parte en él.

Entre las fiestas populares que se van, el Paseo floral del Viernes de Dolores es una de las que más han conservado su originalidad y la nota nacional palpita vivamente en el pintoresco conjunto que ofrecen la polvorosa calzada y el canal que se extienden á los pies del sencillo y primitivo monumento del César Azteca, Cuauhtémoc.

La calzada se llena de peatones, de carruajes y de gentes. Cada carruaje lleva una nota floral por insignificante que sea. Y las rojas amapolas con sus colores agresivos, por doquiera asaltan la vista: en los corpiños tibios y palpitantes y entre las cabelleras oscuras de nuestras criollas.

Por el canal se deslizan las tradicionales canoas, movidas al rítmico impulso de indígenas broncones é impasibles, y cargadas de flores, de legumbres y de gente alegre que se corona de flores y canta al son de la vihuela.

La mayor parte de los ginetes lucen el traje nacional, y el charro, el genuino charro, vestido de

cuero está allí en su elemento y es el "subrayado" más gráfico de esa fiesta tradicional que, á los acordes de las bandas militares y de las murgas de indios, y entre el polvo de la calzada y los gritos de

En donde quiera que queda un hueco, por pequeño que sea, se colocan naranjas envueltas en papel dorado y erizadas de banderillas hechas de popote y oro volador, que ondulan con deslum-



En el Canal de la Viga

los vendedores, dura cuatro ó cinco horas, hasta que los rayos del sol, poderosos y quemantes, ahuyentan á la regocijada turba y la despiden de nuevo hacia la austera metrópoli.

La segunda parte de la celebración del Viernes de Dolores y que, como la primera, es muy antigua y tradicional, consiste en los "altares que se encienden al anochecer y que reunen tertulias animadas de carácter netamente profano.

Esos altares, lo mismo que el paseo matinal de que antes hablamos, son patrimonio de todas las clases sociales y desde las humildes "vecindades" hasta los suntuosos palacios, suelen ostentar sus altares en honor de la Madre Dolorosa.

La Virgen de los Dolores los preside á todos: ya sea en íconos tallados y régicamente vestidos y alhajados, ya en pobres cromolitografías provenientes de las prensas alemanas ó catalanas. Pero esa virgen es el lazo de unión entre los pobres y los ricos, y ella recibe todos los homenajes.

Hay otro lazo de unión, otro signo de comunicación entre todos los altares de Dolores: la índole del adorno. En botellas y vasijas de cristal transparente se encierran aguas, tintas merced á toda clase de materias colorantes detrás de las cuales se colocan luces, de suerte que el altar resplandece en ampollas luminosas, verdes, rojas, azules, amarillas, lo que nos autoriza á calificar el estilo de esos altares, de "estilo farmacéutico."

brantes fulgores al menor soplo de viento

Otro adorno genuino de esos altares, amén de macetas y de macetones, es constituido por las "siembras" que se hacen al efecto, colocando menudas semillas sobre la superficie porosa y humedecida de vasijas de barro de todas formas, produciendo una vegetación liliputiense, que á su vez adquiere la forma de las vasijas y es de gran efecto de vista.

Para aumentar ese efecto, durante la época del florecimiento de las semillas, se mantienen las vasijas en cuartos oscuros, de modo que las floraciones no sufran la influencia de la luz y adquieran un color amarillo tierno, que es muy agradable á la vista.

Esos son los adornos comunes á todos los altares, ricos y pobres; la diferencia de ellos sólo consiste, pues, en la riqueza de los manteles, de las imágenes, de los candelabros y del alumbrado.

El altar de Dolores se enciende generalmente á las seis de la tarde ó en las primeras horas de la noche.

A las veces se ejecutan grandes conciertos frente al altar, cantándose de preferencia el "Stabat Mater" de Rossini, que tiene merecida fama en México.

Y así se conmemoran los siete dolores de la Virgen Madre.

*Herblay.*



Entrada á Santa Anita.



Antes de la merienda.



MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

CUADRO DE PIERRE DE ROSE.